



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 3 | Diciembre 2020

Marco Denevi y su novela de anticipación

Nicolás Abadie ¹

abadie_nd@yahoo.com.ar

¹ Doctor en Letras (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina).

Introducción

Marco Denevi (1920-1998) fue un escritor multifacético que encaminó la mayoría de sus “ejercicios de escritura” en las distintas variantes del género narrativo, descontando piezas teatrales breves y algunos poemas que incluye en libros misceláneos². Dentro de este variado conjunto de producciones, *Manuel de historia* (1985) se inscribiría dentro de lo que Fernando Reati (2006, p.19) denomina “literatura de anticipación”³.

En líneas generales, el subgénero se ocuparía de aquellos textos de ficción

que imaginan futuros posibles desde la certeza intuitiva que presta la obra literaria. Atendiendo a su desarrollo, la literatura de anticipación presenta distintas variantes entre las que encontramos la ciencia-ficción especulativa, la política-ficción, la antiutopía y la distopía. Lo que entrelazaría a los subgéneros es la “proyección imaginativa” hacia el futuro de un estado de cosas actual. En otros términos, se “anticiparían” las posibles direcciones que iría tomando la historia nacional en particular y, podría agregarse, el mundo globalizado en general, siempre, reiteremos, desde la descripción de situaciones contemporáneas al texto que las aborda, por lo que más que una narrativa científica propiamente dicha es una *narrativa de crítica social*.



² Hasta el momento que analizamos enlistamos: Parque de diversiones, Buenos Aires, Emecé, 1970; El emperador de la china, Buenos Aires, Huemul, 1970; Salón de lectura, Buenos Aires, Huemul, 1974; Los locos y los cuerdos, Buenos Aires, Huemul, 1975; Parque de diversiones II, Buenos Aires, Macondo, 1979; Araminata o el poder, Buenos Aires, Editorial Crea, 1982.

³ Las novelas que analiza en su ensayo Postales del porvenir. La literatura de anticipación en la Argentina neoliberal (1985-1999) son las siguientes: Los misterios de Rosario (1994) de César Aira; Planet (1998) de Sergio Bizzio; Cruz diablo (1997) de Eduardo Blaustein; El aire (1992) de Sergio Chejfec; El oído absoluto ([1989]1997) de Marcelo Cohen; No somos una banda (1991) de Orlando Espósito; Las repúblicas (1991) de Angélica Gorodischer; La ciudad ausente (1992) de Ricardo Piglia; La Reina del Plata (1988) de Abel Posse; La muerte como efecto secundario (1997) de Ana María Shúa; Una sombra ya pronto serás (1992) de Osvaldo Soriano y 2058, en la Corte de Eutopía (1999) de Pablo Urbanyi.

En su ensayo Reati analiza en un corpus de doce novelas las articulaciones de cuatro aspectos sociodiscursivos: a) la emergencia de lugares y espacios sin límites geográficos precisos lo que, en otro orden de ideas, es consecuencia de “la desaparición de las fronteras nacionales”; b) la representación de la ciudad futura –léase Buenos Aires– bajo distintos rostros: internacionalizada, “guetoizada”, mutante, panóptica y/o posapocalíptica; c) la banalización de las prácticas culturales que se manifiesta de manera directa en la estética del espectáculo, el maquillaje y el disfraz; y c) la pérdida del lenguaje como imaginario de identificación singular y colectiva. *Manuel de historia* tematiza cada uno de los aspectos señalados como resultado de la descomposición social y cultural de una nación que es presentada como una “anomalía histórica”.

Entre 1985 y 1989 se circunscribe la trilogía deneviana –*Manuel de historia* (1985); *Enciclopedia secreta de una familia argentina* (1986) y *La República de Trapalanda* (1989) – cuyo tema principal es la preocupación por el ser nacional. El arco temporal abarca desde el año en que comienza el juicio a las juntas militares por las violaciones sistemáticas a los derechos humanos cometidas en la última dictadura cívico-militar hasta aquellos momentos de hiperinflación, saqueos a supermercados y desilusión colectiva que motivaron la renuncia de Alfonsín y la inmediata aplicación de las medidas neoliberales más ortodoxas. La referencia a esta coyuntura no es gratuita porque la crisis política, económica y social motiva el pesimismo y la visión decadentista que recogen las páginas, sobre todo en lo que respecta a la debilidad de las entidades políticas, garantes de la vida democrática.

Resulta curioso que la novela escrita a poco de restaurada la democracia se aventure a imaginar una Argentina sin soberanía y sujeta a las órdenes y los mandatos de las Naciones Unidas. La ficción, construida al modo de cajas chinas, representa un escenario de honda crisis económica, exclusión social, mendicidad y delincuencia, claves que anticipan el futuro político y que posibilitan establecer contacto, de acuerdo con nuestra interpretación, con los síntomas que se podían percibir en el periodo de transición democrática (Cfr. Reati, 2006, p.40). Denevi tratará de explicar las causas del fracaso social y político analizando los comportamientos y las conductas del

individuo. En la novela de 1985 se anuncia, como motivo estructural, que el argentino padece de una enfermedad endémica, el *manuelismo*. Casualmente, este término es el que motiva la curiosidad del protagonista Sydney Gallagher quien encamina su búsqueda a desentrañar su significado. Literalmente, el “Repertorio de argentinismos”, de un tal José Sorbello lo define como “parónimo o parodia de aneurisma. Designa una enfermedad mental endémica entre los habitantes de Buenos Aires. Sus manifestaciones consisten en la mitologización del pasado, en la negación del presente y en la afirmación apodíctica (sic) de un futuro utópico”. Cfr, *Manuel de Historia*, de Ramón Civedé. (Denevi, 1999, pp.13-14). Los tres síntomas coincidían con el diagnóstico que Sydney hacía sobre las causas de la desaparición de Argentina como estado independiente.

Complementariamente, podríamos argumentar que una ‘lectura alegórica’ desplegaría otros sentidos. Por ejemplo, el nombre Manuel, amén de sus reminiscencias bíblicas –Emmanuelle: Dios con nosotros– ilustraría ciertas características del individuo que habita este lugar del mundo. Dentro de este orden de ideas, la antroponimia u onomástica antropológica⁴ nos permitiría establecer otro tipo de conexiones, no tan místicas. De acuerdo con esa disciplina los *manueles* tienen una naturaleza emotiva que todo lo aprovecha; son metódicos, imponen jerarquías y les gusta sentirse materialmente seguros. Al momento de expresarse –y entramos aquí a un terreno escabroso que a Denevi le complace transitar– les gusta llamar la atención y sentirse superiores y buscan la prosperidad y la realización personales. Los *manueles*, nos dicen autor y doxa, son de mente liberal, fácil de amoldar y propensa a la imaginación cuando no a la fantasía. Son obsesivos, extrovertidos y sociables, gracias que los hacen muy buenos comediantes, actores, oradores, estilistas y comerciantes.

Mirando la *Enciclopedia secreta de una familia argentina* nos iremos figurado la imagen de los distintos *manueles*, quienes podrían ser, incluso, dice Denevi, la reencarnación de UN solo Manuel que “Dios sabrá quién fue”. De este modo nos encontraremos con la representación del pícaro de la tradición

⁴ La antroponimia u onomástica antropológica es la rama de la onomástica que estudia el origen y significado de los nombres propios de persona, incluyendo los apellidos

literaria española, flaco y feo pero dueño de otros atributos, que se sube a las carabelas del descubrimiento; la de Manuel el Virreinetete exageradamente envuelto en terciopelos bordados; la del otro Manuel que actuaba de muerto en las conspiraciones por la Independencia; las de los gemelos desfigurados por una cicatriz facial, especie de dúo pantagruélico que vivía bajo la ley de las pampas; la del burócrata analfabeto que era jefe de Registro en épocas de Triunviratos, Directorios y Asambleas constituyentes; las del Mazórquido engalanado de rojo punzó y del Peregrino de la Nueva Troya exiliado y delator. Todos y cada uno de los próceres de esta familia argentina tenía su retrato pintado al óleo en la pinacoteca de la mansión solariega de la calle Humberto Primo que es destruida por la furia de las “hordas salvajes” el 17 de octubre de 1945.

Entonces, nombre e Historia se cruzan en un solo espacio discursivo que es producto de la imaginación de la historia de un mismo sujeto. En este sentido, no podemos dejar de mencionar que las obras se concibieron como un solo proyecto y que, debido a su extensión, se tuvo que dividir en mitades por cuestiones de edición⁵. La primera, si bien más uniforme en cuanto al contenido tratado, resuelve la imbricación en un juego de palabras; en lugar de ‘*manual, Manuel de Historia*’, enunciado que permitiría reparar en la estrecha conexión de los ámbitos aludidos. En este sentido, explica Denevi que “Manuel sería el nombre del protagonista e Historia porque es la biografía de un hombre que viviría en los cincuenta años de su existencia, los quinientos que vivió el país” (Denevi, 1999, p.6).

Anticipaciones

En *Manuel de historia*, la materia narrativa se estructura en distintos niveles en los que el orden del relato se altera y los personajes, junto con las situaciones, se mezclan y descomponen. La novela comienza describiendo un

⁵ “AVISO//No me gustan las novelas de tamaño colosal y la mía iba camino de adquirirlo y aún de sobrepasarlo. El monstruo quedó dividido en dos criaturas de dimensiones normales. Una es este libro. La otra, muy alterada por la escisión, se titulará “Una familia argentina” y aparecerá, Dios me perdone, muy pronto. Digo todo esto para aclarar, por qué “Manuel de historia” parece o es el desmesurado prólogo de una novela que jamás habría sido escrita, con lo que sin habérmelo propuesto vendría a ejemplificar sobre aquello que Octavio Paz afirmó de los argentinos: que somos un país sin historia donde todo es pura aspiración.”M.D. (Denevi, 1999, p.7)

tiempo futuro con respecto al presente de la enunciación. Los capítulos «1996» simétricamente enmarcan el desarrollo de los acontecimientos. En este ambiente un narrador omnisciente que, en ocasiones, se entromete libremente en la diégesis, nos va relatando las peripecias del héroe disfórico.

Sydney Gallagher es un *adviser* del Departamento para la Culturización que quiere estudiar el fracaso sociopolítico de Argentina y configura como objeto de estudio el lenguaje y sus representaciones. El arginglés es una forma lingüística híbrida y bastarda —windona, desguisarse, lovear, overcoto, esnifar, oká (Denevi, 1999, p.19)—que estaría haciendo desaparecer los vestigios de la argentinidad para dar entrada a la lengua anglosajona como única variable homogénea de comunicación social. Si es que todavía era posible la defensa de un idioma nacional en el primer capítulo ya no habrá posibilidades de permitir las filtraciones de los vocablos en el último.

Mientras que el Secretario para la Culturización Wendell O’Flaherty permitía mantener en uso algunas manifestaciones del lenguaje hablado ripolatense debido a su inclinación por el trato íntimo con individuos nativos del mismo sexo, con el nuevo director Zoy Bronowski se prohíbe cualquier tipo de expresión que no sea en inglés. “Los vamos a culturizar en forma. Esta es la idea” dictamina con la determinación de quien tiene la orden de iniciar las tareas de demolición. “Internacionalizamos este maldito país por la materia prima y la mano de obra barata. Si alguno [de los bastardos args] tiene cerebro lo mandamos a América, pero a los demás les daremos la misma basura que comieron siempre, sí señor, primero en arginglés y después en inglés” (Denevi, 1999, p.152) No hay fronteras ni idiomas nacionales en este contexto geopolítico en el que la ONU, también, se está encargando de internacionalizar a la India (p.152) Este relato se contextualiza en una Argentina, léase Buenos Aires, subordinada y devenida en “republiqueta”.

Nuestro protagonista, entonces, intentará demostrar su hipótesis y comenzará con su investigación. De modo que se encontrará con Ramón Civedé y con Deledda, su esposa, y conseguirá leer, supuestamente, la novela titulada *Manuel de Historia*. Aceptará, fingidamente, traducirla al inglés y participará, además, de una reunión con todos los amigos de Deledda y su

hijo Guillermo en un muestrario en el que Denevi intenta exhibir las posturas políticas más radicales en la historia argentina a partir de los años setenta. En este aspecto es necesario detenerse para subrayar el carácter de crítica social y política presente en la novela. Decíamos que la técnica compositiva se asemeja a un juego de espejos donde los personajes se repiten en cada reflejo; entonces, la manera de ir configurando una representación cabal consiste en rastrear indicios e informantes en cada relato enmarcado. Por medio de este procedimiento nos enteramos que los amigos de Deledda, esposa “negociada” –por haber pactado de común acuerdo un casamiento interesado por lo económico antes que por lo marital– de Civedé eran “monseñor Carasatorre, abate mundano proveniente del siglo XVIII; el ex-embajador Maluganis, alias Memé, soltero y retirado del servicio; Letizia del Piombo, viuda de un dudoso marqués italiano; José Sorbello, soltero, infatigable compilador de argentinismos, y el doctor Castelbruno, soltero, médico, que ha inventado una terapéutica universal a base de emplastos de barro” (Denevi, 1999, pp.106-107). En líneas generales, todos representan una elite social decadente que, en apariencia, vivía fuera de la realidad y sólo hablaban de pintura, de mitología, de la cultura china, de religión, o de la sexualidad de los antiguos griegos. En este círculo de amigos estaba prohibido hablar de política. Sin embargo, el pacto se rompe cuando monseñor Carasatorre pregunta, con toda intencionalidad, por el inventor de la sinarquía. Como nadie de los presentes responde se encarga de precisar que se refiere, puntualmente, a la sinarquía internacional, que en 1955 derrocó a Perón del gobierno. Pero, luego de la resistencia y la vuelta consumada del Líder, el silogismo es concluyente a la vez que tendencioso: “No hay sinarquía que pueda impedir que Perón vuelva” (Denevi, 1999, p.128)

Entonces ocurre un fenómeno curioso: como si la violación del tabú hubiese levantado las demás prohibiciones, se lanzan a un frenético debate sobre política. Pepe Sorbello se revela peronista. Castelbruno, izquierdista. Maluganis, militarista. Letizia del Piombo, fascista. Monseñor Carasatorre, medieval: todavía cree que el Poder viene de Dios, cree que los gobernantes lo son por la gracia de Dios” (Denevi, 1999, p.128)

La narración se encamina a partir de aquí a actualizar un balance de la década de 1970 en el símil de una discusión que progresa aceleradamente y en relación inversamente proporcional a la duración manifiesta en el orden textual. Para solucionar el enfrentamiento en el que estaba inmerso el país, cada personaje esquematiza y representa la solución ideada por la facción que alegoriza:

Striptease de Pepe: sólo Perón puede arreglar al país. Striptease de Castelbruno: mientras el país esté gobernado por la oligarquía, nos comerán los piojos. Striptease de Maluganis: necesitamos por lo menos veinte años de régimen militar. Striptease de Letizia del Piombo: pero por favor, qué democracia, la democracia es puro comunismo. Y ese introductor de la discordia, el protonotario apostólico, que dice: Pierda cuidado, señora, ya Perón se encargará de poner al comunismo en vereda. Y Castelbruno: Dejate de joder, Mario, con Perón, Perón ya no pone en vereda a nadie. (Denevi, 1999, p.129)

Dentro de este contexto la voz del narrador se configura desde una posición que supone neutral, apartidista, equilibrada pero, como veremos enseguida, significativamente parcial. El enfrentamiento entre las dos posiciones extremas que en la novela están representadas en Deledda y Guillermo habrá de influir en su actitud.

La cónyuge de Civedé es la encarnación del antiperonismo y de esa clase social pequeñoburguesa temerosa del “terrorismo de izquierda” que se había adueñado del país, pero que, sin embargo, ante la muerte de Perón, presiente el advenimiento de una Argentina aún más terrible a la que sólo, según ella, los militares podrían poner en orden. Por otro lado -y en total desconocimiento por parte de Deledda-, está su hijo, Guillermo que representa la izquierda revolucionaria armada y es perseguido y asesinado pocos días después del golpe militar de 1976.

La vuelta de Perón no logra sofocar el clima de violencia desatado y su deceso, al poco tiempo, agrava más la situación que ha de culminar en el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. Deledda festeja alborozada. Civedé contempla impasible. El cadáver de Guillermo es un daño colateral. Encarna, en la narración, el prototipo de una juventud

revolucionaria que “juega con fuego” y termina incendiando a toda una ciudad y a todo un país. Por eso no es gratuito el retoricismo de la función autoral que cuestiona, de modo aleccionador: “¿No merecieron arder, Sodoma y Gomorra? Para quienes creen en Dios, las incendió Dios. Los que incendian la República Argentina ¿se sentirán dioses?” (Denevi, 1999, p.138) Considerando tales motivos el relato trasciende los márgenes de la historia personal para “abarcarse la historia de uno de los momentos más trágicos de la Argentina, pero también, para anunciar una línea más en el rizoma textual” (Jara, 2007, p.7)

Si apelamos a esta perspectiva, el discurso, como práctica, está cruzado por evaluaciones sociales. En este sentido, la voz autoral se posiciona en una línea de interpretación que se circunscribe a la masivamente conocida “Teoría de los dos Demonios” firmada por Ernesto Sábato en el Prólogo del Informe de la CO.NA.DE.P. En este sentido, es notoria la filiación del texto de Denevi con la sentencia que abre el *Nunca Más* que determinó, de manera consensuada, que “durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda”. Si bien las Fuerzas Armadas se extralimitaron en la lucha contra la subversión respondiendo con un “terrorismo infinitamente peor que el combatido” para muchos sectores, tanto el que incluye a como el que es incluido por Denevi en sus ficciones, era la solución necesaria. Por eso “Deledda quiere brindar con champán”, desconociendo la participación de su hijo en la “juventud heroica” que luchaba por la liberación. La contraofensiva es tan trágica como fatídica, pero era el precio que debía pagar quien empuñaba un revólver y armaba barricadas en las plazas. El conflicto, entonces, se le presenta a Civedé en los términos éticos y morales del encubrimiento o la delación.

A pesar del dolor, “el miedo sobrecogedor” o “una tendencia consciente o inconsciente” justifica, para Deledda, el horror de besar la frente de un “pequeño bulto, un maniquí frágil, cubierto por una frazada” (Denevi, 1999, p.145), ponerse de hinojos y rezar. Pero ese es un “sentimiento vacilante”

porque se sabía de tantos que habían sido tragados por aquel abismo sin fondo sin ser culpables de nada; porque la lucha contra los «subversivos», con la tendencia que tiene toda caza de brujas o de endemoniados, se había convertido en una represión demencialmente generalizada, porque el epíteto de subversivo tenía un alcance tan vasto como imprevisible (Sabato, 1984, p.2)

Y hace carne en el duelo de Sebastián Hondio, cuatro años después de perpetrado el golpe. En 1980 la función autoral Hondio-Civedé-Denevi, evidencia los síntomas de una transición política que, a su vez, no deja de ser cultural. Por eso, ante el letargo de un país que se refleja en la cotidianidad de los discursos que invaden a la sociedad argentina –ejemplificados en la referencia a la prensa y la televisión– se enuncia, y anuncia, una necesidad catártica de rencores y malestares acumulados. Algo que, sin ser específicamente una queja

Es otra cosa, una especie de disimulo, de falsa indiferencia de todo un país enmascarado mientras los militares hacen y deshacen a su antojo. No es posible que la psicología argentina haya cambiado hasta el punto de que, a lo largo de cinco años, el pueblo se mantenga mudo y sólo haga oír su voz para protestar por el precio de la carne o de la verdura. Debajo de ese silencio, de ese aparente conformismo político causado por el miedo se está almacenando algo que no sé qué es pero que es temible. (Denevi, 1999, p.147)

De vuelta en el relato anticipatorio propiamente dicho, las novelas de Civedé no se difundieron. Al contrario, el mismo autor compró todos sus volúmenes y los atesoró en el sótano de su mansión cita en 2711 French St., en el VII° District. Para lograr el reconocimiento es necesario que sea traducida, miente Gallagher. Toma un ejemplar, lo olvida en el taxi. Dice leerlo y al ser examinado por Civedé se pierde en calificativos vacíos y generalizadores que delatan su mentira. Solicita un nuevo ejemplar que llevará con él hasta su desaparición física. El *adviser* será devorado pero las hojas del libro quedarán flotando en esta tierra como un símbolo de fatalidad y renacimiento.

Los actores sociales alegorizados son modelados desde una visión clasista: los personajes que rodean a Civedé representan, como vimos, la clase alta venida a menos, el afán de prestigio y la falta de compromiso político con la realidad social y económica del país: “Para mí la Argentina es Buenos Aires —

dice Deledda— No conozco el interior del país. Yo no tengo mis raíces en un pedazo de tierra sino en una forma de vivir” (Denevi, 1999, p.27). La clase media liberal de Aníbal Benítez encarna los estereotipos clásicos del porteño: fanfarronería, viveza criolla, machismo extremo, desvinculación partidaria y desinterés político: “Nunca fuimos independientes. Lo único que cambió es que los que antes nos mandaban desde afuera ahora nos mandan desde adentro. La patria está donde si trabajo morfo y si no trabajo no morfo” (Denevi, 1999, p.18) sintetiza, de manera vehemente, el taxista. Crist alegoriza a la juventud desclasada que no encuentra posibilidades de progreso y busca acomodarse a los vaivenes hegemónicos para asegurarse un bienestar transitorio: es capaz de humillarse con tal de ser reconocida y no tiene miedo de emigrar de un sistema que la excluye: “No me importa qué clase de job sea. Fregar pisos, limpiar windonas, cocinar. Cocino oká- Pero ¿sabés lo que me gustaría? Ser tu secretaria privada. Ocuparme de vos todo el día. Sería capaz de hacerlo fri” (Denevi, 1999, p.45). Los travestis y los suburbios son los desplazados, los seguidores de Perón, los que esperaron por décadas el progreso, los que no laburan, los que no respetan la propiedad privada, los que fagocitan y devoran al extranjero.

El antiperonismo de Denevi en *Manuel de historia* se manifiesta sin eufemismos. Al epitetario del odio de Heredia (2012, pp.207-213) habría que añadirle los calificativos con los que los personajes se refieren al Líder y a sus partidarios con una tonalidad que, en ocasiones, raya el recelo más visceral. Dentro de este orden de representaciones, Perón fue un “falso redentor de la clase obrera”, un político “astuto” que se las arregló para que “la ilusión pareciera una realidad” (Denevi, 1999, p.130) y un “zorro que pierde el pelo pero no las mañas” (Denevi, 1999, p.131). Los peronistas, por su parte, son “prepotentes”, “mal educados”, “delincuentes” y “resentidos” (Denevi, 1999, p.132). Ante los enfrentamientos civiles que se producían entre las facciones, no es de extrañar que Denevi ponga en boca de Pepe Sorbello, la lapidaria excomunió: “Estoy avergonzado de ser peronista” actualizando el mecanismo religioso de la “conversión”.

El Movimiento es concebido como fatalidad, como el “hecho maldito del país burgués” y Perón pasa a ser una entelequia. Así, no es de extrañar que, ante

la convulsión social e institucional Deledda comente: “—Qué extraño. Odié toda mi vida a Perón y ahora que se murió lo echo de menos” (Denevi, 1999, p.133) señalando los vaivenes ciclotímicos de una clase social que sólo aspira a no perder sus privilegios. Pero, superando una lectura restringida, el peronismo, entiende Denevi, es un constructo amorfo que acecha, vigila, fagocita y devora. Un peligro que adquiere notoriedad en las inscripciones borrosas como pinturas rupestres que ve Sidney en el muro de una fábrica de los suburbios –“Somos la rabia de Perón”, “Mueran los milicos”, “Isabel es Eva”– y se corporiza en la imagen de “mujeres desgreadas”, “niños semidesnudos, viejos astrosos, hombres de facha torva” (Denevi, 1999, p.174) dentro de un contexto de miseria y caos.

No obstante esa fuerza subterránea, esa “seducción de la barbarie” es el único –y último– bastión revolucionario con el que la “anomalía histórica” puede presentarle batalla a la extranjerización. Las ratas devoran a Wendell O’Flaherty. Los travestis hacen lo propio con Gallagher:

Un monstruoso animal hambriento se había arrojado sobre él y le clavaba los colmillos, las pezuñas, lo poseía. Vio, por entre las convulsiones epilépticas de la bestia, un trozo de muro, la leyenda borrosa, somos la rabia de Perón. Después un fogonazo color cobalto lo encegueció. (Denevi, 1999, p.177)

Advertimos que las características de la novela de anticipación exceden el relato propiamente “futurista” de 1996, lo que nos permite sugerir que Denevi hace confluir los elementos narrativos en esta línea distópica. Por ejemplo, en «1988» la conciencia autoral, el compaginador y, por lo mismo, editor de los materiales que conforman el *Manuel de historia* ‘lee’ los elementos de la realidad sociopolítica del país como el cumplimiento de las “profecías agoreras” del *adviser*: las materias primas son destruidas por su bajo precio, el Poder Ejecutivo multiplica exponencialmente sus tentáculos burocráticos, el peronismo se divide en nueve facciones y el resto de los partidos opositores se alterna para boicotear las sesiones del Parlamento, los pasillos del Palacio de Justicia están bloqueados por montañas de expedientes, las pocas fábricas pagan a sus obreros por semana vencida con vales y anticipos, el sanmartín –o cancharrayada– es la moneda que el gobierno crea

en sustitución del devaluado peso y a diario hay saqueos de comercios, y los vándalos que en 1984 mataron a Sidney Gallagher reaparecen con tanta frecuencia por las calles de Buenos Aires y de otras ciudades del interior del país que el periodismo, harto de ellos, los ignora [...] Los izquierdistas dicen que la culpa de todo la tiene el liberalismo y que el gobierno debería prohibir la iniciativa privada. Los derechistas dicen que la culpa es de la democracia y que los militares deben volver para restaurar el orden [...] Hasta que reconciliado con mi país y conmigo mismo, apago el televisor y pongo en funcionamiento el porta-casetes. Las voces de Ramón Civedé y de Sidney Gallagher repiten una vez más su diálogo. ¿De qué hablan? Ya lo dije: planean la ejecución de “Manuel de historia” (Denevi, 1999, p.187).

En «1984», el presente de la enunciación, las “voces” de los narradores se entremezclan y tensionan al mejor modo babélico. El lector deberá agudizar la percepción para tratar de recomponer el hilo argumental, debido a las continuas referencias intra e intertextuales. En «1968-1980» a las “funciones autorales” Sebastián Hondio y Sidney Gallagher habrá que sumarle la participación activa del narrador innominado que podría ser la representación de la instancia de enunciación. El capítulo «1988» problematiza aún más esta cuestión. La voz anónima reorganiza en el nivel textual los materiales que construyen la novela y, en una reflexión metatextual, explica la lógica compositiva. En primer lugar, declara, recibe una encomienda en la que encuentra un relato escrito a máquina titulado con una fecha, «1996», escrito por Sydney Gallagher y cuya acción se desarrolla en el futuro distópico al que aludimos. También encuentra un manuscrito del apócrifo Sebastián Hondio quien, en la reorganización de la novela, pasará a llamarse Ramón Civedé en el que relata los hechos acaecidos entre «1968 y 1980» en nuestro país, de marcada alusión al contexto político y la violencia estatal y paraestatal. Conjuntamente, el narrador halla un *cassette* en el que dos hombres dialogan proyectando la escritura de un libro que se llamaría *Manuel de Historia*, y que contendría una novela dentro de otra: una sería la “novela del futuro”; la otra, la biografía de Manuel, o la historia de una familia argentina. El narrador anónimo de este último capítulo infiere que la voz de

uno de los dos hombres es la de Ramón Civedé y, la del otro, la del joven norteamericano.

Explica, entonces, que este diálogo le inspiró para escribir el capítulo titulado «1984», parafraseando a George Orwell, con la intención de dar “mayor comprensión al relato”. Por último, advierte que en la encomienda había, además, un recorte periodístico titulado “Reaparecieron los vándalos”, que da cuenta de un hecho policial fechado en el año 1984, en el que un joven con la “apariencia de un turista norteamericano”, había sido asesinado⁶ La configuración de los demás personajes no es gratuita en el sentido de que permite establecer interpretaciones políticas en relación con el peronismo y sus adversarios. Oligarquía, Iglesia, Diplomacia y Academia se alinean en un antiperonismo declarado y se manifiestan en tipos tan anacrónicos como incompletos.

Conclusión

Tal como Denevi acostumbra *Manuel de historia* es una especie de rara avis dentro del subgénero de la literatura de anticipación: si bien se apoya en sus elementos fundamentales la novela acusa un tratamiento libre y original que se puede ver a simple vista en la manera en que se tensiona el tiempo en los relatos. Esta singularidad es la que podría originar incongruencias y confusiones en una primera lectura. Un fatídico determinismo sumerge al país en el “mito del eterno fracaso” (Feinmann, 1985) y por eso lo que pasa en 1996 es una mutación un tanto figurativa de lo que pasa en 1968-1980, en 1984 y en 1988.

El carácter estrictamente anticipatorio en la novela de Denevi lo ejemplifica de la siguiente manera: «la premonición de que la violencia no se terminará con la llegada de la democracia comienza a afirmarse en “1984” (que corresponde al presente democrático de los primeros años de posdictadura) cuando en un ominoso final se produce la muerte del joven estudiante norteamericano agredido por vándalos en pleno centro de Buenos Aires. En

⁶ Similar exposición de la trama de la novela de Denevi puede cotejarse en JARA, Sandra: «Manuel de Historia de Marco Denevi: una lectura del pasado y del futuro», ver Bibliografía.

“1988” se anticipan algunos aspectos de la crisis de 1989 (...) el narrador describe un país en virtual caos económico, con comercios saqueados, inflación fuera de control, niños mendigos y jóvenes delincuentes pululando por las calles, mientras los partidos políticos están divididos, la Justicia paralizada y la universidad pública sin recursos» (Reati, 2006:42).

Es en este sentido, que la narración del futuro funcionaría como una *contrautopía postapocalíptica*, es decir, después del apocalipsis político, social y moral que significó el Golpe de Estado de 1976, surge una Argentina en ruinas en la que sólo quedan algunos restos de identidad. Sin idioma propio, surge un país de “materia prima y de mano de obra barata” donde la mayoría de los habitantes parecen conformes al reconocer que “los que antes nos mandaban desde afuera ahora nos mandan desde adentro”. No obstante, el brutal asesinato de Sydney Gallagher, consejero del gobierno internacional, opera como el indicio de la lucha organizada que se está gestando contra la dominación del Mandato. En efecto, el rizoma continúa, fluye y se singulariza en la emergencia de una nueva utopía revolucionaria, violenta, que conlleva, una vez más, el deseo de liberación (Jara, 2007, p.7).

No hay ningún Manuel en la historia porque la narración se encarga de presentar un sujeto múltiple. La historia es interpretación, fragmentariedad y una red de perspectivas distintas en la cual la falsificación de los datos aviene con una posición, discursiva y política, liberal. El efecto caótico desde un nivel estructural se suma a la reiteración arbitraria de personajes y situaciones lo que concluye en un juego refractario en el cual los hechos del pasado, como elementos lúdicos, se mantienen, se retoman y se distorsionan de un modo irónico. Ciertamente, concluimos con Sandra Jara en reconocer que con *Manuel de historia* “nos enfrentamos a la voluntad crítica de mostrar la imagen del fracaso de un país, enmarcada en el clima del desencanto posmoderno”; y, acaso, éste sea, para la cosmovisión deneviana, sino el único, uno de los lugares desde el cual se pueda narrar la Historia Argentina de los últimos cincuenta años.

Bibliografía

Abadie, N. (2015) *Voces y actores sociales en la narrativa de Marco Denevi. Un examen político a través de la ficción de oralidad*. Córdoba: UNC.

Denevi, M. (1999). *Manuel de historia*. Buenos Aires: Corregidor.

Feinmann, J.P. (1985) *El mito del eterno fracaso*. Buenos Aires: Legasa.

Heredia, P. (2012). *Las multitudes ululantes*. Córdoba: Babel.

Jara, S. (2007) «*Manuel de Historia* de Marco Denevi: una lectura del pasado y del futuro» ponencia para el II CONGRESO INTERNACIONAL “CE.LE.HIS” DE LITERATURA, organizado por el Centro de Letras Hispanoamericanas de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata entre los días 25, y 27 de noviembre del 2004. Publicado en *Actas* en Formato CD-ROM - año 2007. Versión on line disponible en:<http://lapalabrainconclusa-literatura.blogspot.com.ar/2010/07/manuel-de-historia-de-marco-denevi-una.html>

Reati, F. (2006). *Postales del porvenir. La literatura de anticipación en la Argentina neoliberal (1985-1999)*. Buenos Aires: Biblos.

Sabato, E. (1984) «Prólogo» del *Nunca más*. Informe de la Comisión Nacional de la Desaparición de Personas; Buenos Aires, septiembre de 1984, disponible en http://www.dhnet.org.br/direitos/mercosul/a_pdf/nunca_mas_argentino.pdf